

# EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.  
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.  
Fuera de Barcelona: un año, id. 4 ptas.  
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACION,  
**Calle de Fonollá, 24 y 26.**  
Se publica los Jueves.

PUNTOS DE SUSCRICION.  
En Lérida, Administracion de  
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º—  
Madrid: Almagro, 8, entr. derecha  
-Alicante: S. Francisco 28, dup.º

## SUMARIO.

Lo que dicen las mujeres.—La caridad.—¡La ingratitud! (A una alma buena).—Deseos y presentimientos.—Errata—Pensamientos.

## LO QUE DICEN LAS MUJERES.

Vamos á ser el eco de un diálogo que escuchamos entre tres mujeres. Tenemos la costumbre de estudiar la historia de la vida en esos volúmenes inéditos que forman la biblioteca llamada humanidad.

Al referir *lo que dicen las mujeres*, hablamos de la generalidad; no negamos que existen ángeles en la tierra bajo la graciosa figura de una mujer, que hay madres verdaderamente cristianas que dicen: «Prefiero que mi hija sea buena á que sea feliz» ¡frases sublimes! ¡palabras divinas! que las dió á conocer la inolvidable Fernan Caballero, la primera escritora de nuestro siglo, pero tambien es muy cierto lo que vamos á referir.

La eminente poetisa Carolina Coronado dijo en una de sus mejores poesías:

¡Gloria! cantan los ángeles en coro.

¡Oro! gritan los hombres; ¡oro! ¡oro!.....

¡Tristísima verdad! la sed del oro es la terrible, la contagiosa enfermedad que ha hecho sucumbir en todos los siglos á la raza humana.

¡Oro! ¡metal maldito! tentacion eterna de los desheredados de este mundo! ¡Atraes como el abismo! ¡Tu proporcionas todos los goces materiales, tu satisfaces todos los caprichos del hombre, pero tambien atraes sobre su cabeza todo el peso de los grandes crímenes! ¡Tu compras á los traidores, tu pones un precio á las mujeres adúlteras, y seduces á las pobres jóvenes que solas en las grandes ciudades, separadas de sus padres se dedican al servicio doméstico; y cuántas infelices se prostituyen por un puñado de oro, y otras llegan á dormir en una prision envilecidas por el robo!.....

El oro es el rio caudaloso que fertiliza las llanuras, pero tambien es el volcan abrasador que con sus espantosas erupciones reduce los pueblos á cenizas; mas ahora vemos que haciendo reflexiones nos hemos desviado de la cuestion sencilla y profunda á la vez, de que nos vamos á ocupar.

Decíamos que escuchamos la conversacion de tres mujeres; y sin que se crea que le queremos dar un tinte de novela, diremos que la escena pasó en un gabinete amueblado con elegante sencillez, destacando en primer término una lindísima cuna de hierro en forma de canastillo; formado éste al parecer por una red de estambre azul rodeando el borde de la cunita un bonito fleco de lana de igual color. Dentro de aquel precioso nido descansaba un niño que hacia ocho dias que estaba en la tierra, una bonita colcha de crochet con forro azul le servia de abrigo, su cabecita estaba cubierta con una linda gorrita adornada de volantitos rizados, y las mangas

de su saquito blanco estaban sujetas á sus diminutas muñequitas con lazitos azules. Una colgadura de nivea muselina envolvía la cuna, y nada mas poético ni mas encantador que aquella cestita con los colores del cielo, ¡blanco y azul!

En el mas pequeño detalle se encontraba la belleza del buen gusto, la sabanita orlada de encages con sus entredós de crochet la almohadita lo mismo, todo era risueño y delicado, en todo se veía la amorosa prevision de una madre que nada había olvidado para rodear á su hijo de los mas tiernos cuidados.

Tres mujeres contemplaban al niño, una de ellas estaba sentada, y en su rostro pálido se adivinaba la huella de pasados sufrimientos, era la madre del pequeñuelo que dormía en la cuna. De las otras dos que estaban de pié una de ellas se inclinó y besó al recién-nacido diciendo con acento melancólico:

—¡Pobre espíritu! ¿Para qué habrás venido aquí? ¿qué vendrás á hacer en el mundo? ¿qué llegarás á ser en la sociedad?

—Lo que es menester que sea muy *rica*, dijo su madre sonriendo intencionalmente.

—Lo que es necesario que sea muy *bueno*, contestó la que había besado al niño.

—Desengáñate replicó la tercera con gracioso desenfado, los ricos son los que viven en este mundo.

—Ahora lo has dicho; en *este mundo*; pero como la vida ni *aquí empieza* ni *aquí acaba*, por esto no basta vivir *bien aquí*, es preciso procurar vivir *bien allá*.

—No, no, yo pido á Dios que mi hijo sea muy rico, y tambien que sea bueno, se entiende, insistió la madre con significativo acento.

—Pídale V. á Dios sobre todo, que su hijo sea muy bueno.

Y acariciando nuevamente al niño, la mujer que prefería la virtud á la riqueza, salió del gabinete. Nosotros que habíamos escuchado aquel diálogo, miramos detenidamente la cuna del recién nacido y salimos del aposento para reflexionar mejor sobre lo que habíamos oído, y nuestra mente sostuvo el siguiente monólogo:

—Hé aquí la prueba de que la mujer necesita instruirse para que sepa amar y preservar á sus hijos de muchísimas desgracias; esta madre por ejemplo soñaba con la venida de este pequeñito, y con tierna solicitud todo se lo ha preparado. Su cuna es un nido de amor, su ropita está primorosamente hecha, y de seguro que le seguirá rodeando de las mas delicadas atenciones.

Cuando el niño dé sus primeros pasos le adornará con preciosos vestidos, y bonitos sombreros, *se mirará en él*, como se dice vulgarmente; le pondrá mas tarde en un colegio, pero cuando su hijo llegue á la edad de emprender una carrera, le dará la que sea mas lucrativa, aun cuando al chico no le guste mucho; y en el momento que el jóven principie á querer á otra mujer que no sea su madre, ésta, mirará si la amada de su hijo es rica, y si desgraciadamente es pobre, le dirá al muchacho:—No, hijo mio, no, tu te mereces otra cosa mejor; pues no faltaba mas, despues que tanto me he sacrificado por tí, para tenerte como un príncipe: ahora te vas á bandir en la miseria, haciendo un casamiento por amor. Déjate de tonterías habiendo mujeres de sobra donde escoger, ricas y guapas te has ido á fijar en una pobre que hasta la ropa de boda habría que comprarle No, no; déjate de hacer semejante disparate, que ya te tengo yo escogida una muchacha muy elegante, con un buen dote que se dará por muy contenta si tu le dices *buenos ojos tienes*; y si el chico cede á los consejos de su madre, desgarrará quizá el corazón de una pobre niña.... pero ... se casará con una jóven rica, y será lo que se llama un hombre de gran posición social. Mas ¡ay! será feliz ó le pasará lo que dice Campoamor:

Sin el amor que encanta

La soledad de un ermitaño espanta,

Pero es más espantosa todavía,

La soledad de dos en compañía.

¡Quién sabe! todo en la vida no se consigue de una vez, el que satisface los gozos materiales, casi nunca sonríe su corazón, y los mas ricos en oro, suelen ser los mendigos de la felicidad.

La mujer que tiene la dicha de velar el sueño de sus hijos nunca debe desear que sean *ricos*, sino que sean *buenos*; porque el hombre bueno, generalmente es trabajador. Siempre que se habla de alguien que es honrado, se suele decir, es muy hombre de bien, muy trabajador, es una hormiguita para su casa, no perdona medio de ganar una peseta para mantener á sus hijos; así es que el hombre bueno, muy mal le han de venir las cosas para que se vea completamente en la indigencia; podrá no ser nunca rico, pero será difícil que se pase un día sin pan.

No nos cansaremos nunca de repetirlo, es necesario instruir á las mujeres moralizando sus sentimientos; porque inconscientemente á la mayor parte, le falta moralidad íntima; porque no son inmorales únicamente esas desgraciadas que pululan por las calles dirigiendo provocativas sonrisas á los transeuntes, y las que dentro de su hogar manchan el nombre de su marido, no; son inmorales también aquellas que no se contentan con una modesta medianía, y prefieren el dinero á todas las afecciones de la vida.

La joven madre á que nos referimos quiere á su hijo, le rodea actualmente de todas las comodidades posibles y sin embargo de todo su cariño, quizá sea mañana el instrumento inconsciente de su infelicidad.

En los artículos sucesivos iremos repitiendo *lo que dicen las mujeres*, y seguiremos haciendo reflexiones sobre *la soledad de la mujer*.

Queremos mucho á las mujeres, primero por natural simpatía, y segundo por la profundísima compasión que nos inspiran; porque son á la vez el sosten de la familia y el juguete del hombre, son el mejor ornato de la sociedad; y en ocasiones fatales la vergüenza de su sexo; por esto deseamos tanto que se instruya á la mujer, para que comprenda su gran misión en la tierra; que deje de ser como decía Espronceda.

Hermoso ser para llorar nacido,

O vivir como autómeta en el mundo!

Queremos que la mujer comprenda la verdadera vida, que es la vida del espíritu.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

*Amado lector; lee* LA CARIDAD..... *Y no la olvides.*

¡La caridad! Lema sacrosanto es este, que todos debiéramos llevar gravado en nuestro corazón.

La caridad bien practicada, es el edificio mas sólido que puede construir el hombre en la tierra; es bálsamo consolador para el pobre que la recibe; es la brisa suave que despeja las nubes de la miseria; y á la manera que el Sol fertiliza la tierra y dá vida á las plantas, así también la caridad dá vida á esos infelices que cual una planta exótica, viven á la intemperie y se alimentan con lo poco que pueden adquirir de la limosna.

Yo he visto ancianos decrepitos y niños de corta edad, en el rigor del invierno, casi desnudos y sus miembros ateridos de frío, implorar la caridad á seres que han ido forrados de pieles y estos han pasado indiferentes sin dignarse mirarlos siquiera; y he visto mas: en una ocasión, iba una señora elegantemente vestida llevando un hermoso niño de la mano; un pobre anciano se acercó á pedirla una limosna, pero la señora siguió su paseo con imperturbable sangre fría.

El mendigo acosado quizás por la necesidad, seguía importunando á esta, y casi su mugriento traje rozaba con el de la aristocrática dama; el niño tenía fijos en él los ojos y le miraba con interés; maquinalmente se llevó las manecitas al bolsillo y sus dedos tropezaron con una moneda, el pobre insistía, y el niño le dió la moneda, que tenía el valor de cuatro reales; agradecido el anciano al ver aquella ac-

cion espontánea del niño, fué á cogerle la manita para besarla en señal de gratitud, pero al niño le dió miedo y se echó á llorar; entonces la madre con ademán imperioso, apostrofó al anciano por su osadía y reprendió al niño para que otra vez no hiciera limosnas de aquella especie.

El pordiosero, quedó sumamente entristecido y cuando comía el pan que habia comprado con aquel dinero, recordaba la escena del niño, gruesas lágrimas brotaban de sus ojos y no podia menos de exclamar: ¡Señor, Señor; cuán amargo es el pan de algunos ricos!

Y efectivamente, harta desgracia tiene el infeliz que ha de mendigar el alimento diario; mas cuando se recibe de esos seres que saben prodigarlo de un modo digno y delicado, no es tan doloroso y en vez de limosna, parece mas bien un pequeño obsequio.

Muchos tienen por costumbre dár limosna á los pobres en los sitios mas concurridos, y otros fijan ciertos dias del año, para que acudan unos cuantos de ellos á su casa y de este modo llamar mas la atencion, porque todo el mundo sabe que en aquella casa se hace caridad y el nombre de su dueño vá corriendo de boca en boca para prodigarle mil elogios: esta caridad que se hace por ostentacion, pierde en sí todo el mérito que pudiera encerrar y á los ojos de Dios, es mas bien un acto de vanidad que un acto humanitario; otros suelen destinar varias cantidades para familias vergonzantes y sin embargo de que el mismo nombre ya indica que esta limosna debe ser secreta, se anuncia dos veces en los periódicos; primero, diciendo que D. Fulano, destina cierta cantidad para dichas familias; y despues que se han distribuido, tienen la delicadeza de imprimir los nombres y apellidos de los agraciados.....

¡Oh caridad mísera y ruin! ¡Cuándo veremos desaparecer tu huella! ¡Cuándo la humanidad se verá despojada de ese ridículo traje de la vanidad! ¿No sería mas lógico y sencillo, averiguar secretamente las familias necesitadas y que la persona encargada de distribuir la limosna, fuese ella misma quien la entregase á dichas familias?

Yo creo que esto sería mas aceptable á Dios, enaltecería al que la prodiga y no denigraría tanto al que la recibe; yo no creo necesario que se publique en alta voz una buena accion, porque al hacerla, me parece que será con la intencion de aliviar al que sufre; pues de lo contrario indica, que gustamos mucho de lisonjas y solo nos cuidamos de propalar las pocas buenas obras que hacemos y ocultar con sigilo las muchas malas; esto es demasiado egoísmo, y así la humanidad en vez de caminar hácia el progreso, vá hácia el retroceso, debemos ser mas probos y mas humildes; debemos considerar que todo ese castillo de ilusiones que nos formamos con nuestro orgullo, tiene la misma solidez que uno de naipes, y fuera de la posicion social que cada uno ocupa, todos somos iguales; materia corruptible nos envuelve, hasta el dia, que se rompa el lazo que une esta con el espíritu; entónces este se remontará tantos grados como su perfeccion se lo permita; si ha obrado bien, su vuelo será veloz é irá en busca de felicidad mejor; si mal, ¡oh! entónces, se arrastrará por la tierra como un vil insecto, pues solo la virtud tiene alas para poderse elevar.

Todos deberíamos amarnos mutuamente para que la atraccion del amor nos llevase á la ejecucion del bien.

Cuando vemos que sufre un sér que nos es querido, el amor que sentimos hácia él nos arrastra hasta el punto de sacrificarnos gustosos por aliviar su suerte; pues bien; si todos fuésemos un poco mas perfectos, si la humanidad entera quisiera progresar, todos tendríamos un solo pensamiento, la caridad; y parte de las riquezas que se invierten en festines y lujosísimos trajes, se dedicarían en construir casas de asilo para los ancianos que no pueden trabajar, ya por falta de salud, ya porque sus años no lo permiten; escuelas gratuitas para niños huérfanos á fin de instruir la clase obrera, y al mismo tiempo, en dichos establecimientos se podrian ocupar infinidad de familias que estando aun útiles para el trabajo, sucumben á la miseria por faltarles éste.

Esto sería dar un paso mas en el progreso, y entonces no tendríamos que cer-

rar los ojos, para no ver los tristísimos cuadros de miseria que las mas de las veces se presentan á nuestra vista.

La union constituye la fuerza y todos unidos, deberíamos cooperar á que la miseria no apareciese con tan vivos colores, pero no sucede así; media humanidad se se rie, mientras la otra media llora; unos gastan el oro infructuosamente, mientras un sin número de infelices, carecen de lo mas necesario; y es mas aun; hay séres tan faltos de corazon que se atreven á envidiar la suerte de algunos que por no tener otro recurso, viven á espensas de almas caritativas. ¡Qué pensamientos tan sin sentimiento! ¡Pobres espíritus y cuán dignos de compasion sois! ¡Qué densa oscuridad debe cubrir vuestra inteligencia cuando envidiais la mas triste mision que el espíritu puede pasar en la tierra!

Ciertamente que los que tal dicen, no saben lo que es sufrir, ni se habrán visto en la dura necesidad de pasar por tan doloroso trance, porque si bien es verdad que la caridad es un lenitivo para el pobre que la recibe, en cambio para una alma sensible, es muy triste tener que sucumbir á este medio de vivir; pues como dijo Fernan Caballero y dijo muy bien: «El pan de la limosna, sostiene, pero no nutre.» Por lo tanto, cuando socorremos á alguno de nuestros semejantes, es necesario que sea con toda la delicadeza posible, á fin de no herirle en lo mas mínimo, y si poner los medios para hacer mas llevadera su suerte.

Siempre debemos ir presurosos en busca del bien y huir veloces de donde existe el mal.

La caridad bien practicada, es la esencia de la virtud y el freno de las pasiones; y á propósito de esto, voy á citar un hecho, del cual, podia tomar ejemplo la humanidad entera.

Vivia en París un rico comerciante que poseía una inmensa fortuna, sin mas familia que un hijo de 22 años.

Tenia este caballero la costumbre de leer el periódico todas las mañanas antes de salir de casa, y sus ojos siempre se fijaban en los anuncios que indicaban las familias necesitadas que existian en la poblacion; despues de esto, salía á la calle é iba á enterarse secretamente del estado de dichas familias, pero de un cierto modo que nadie comprendia su verdadero fin: luego cogía algunos billetes de banco, los ponía bajo sobre y los remitía á las citadas familias; abrian éstas la carta y leían estas sencillas palabras: «De un amigo de los pobres.» Aquellos séres llenos de alegría, colmaban de bendiciones al generoso protector que tan delicadamente remediaba sus miserias; y tan general se hizo esto, que dieron en llamarle la Providencia incógnita, por cierto bien apropiado el nombre, pues que ni su hijo sabia nada, bien es verdad que este era muy aficionado á los placeres de la vida, y por mas que su buen padre le exhortaba al bien, jamás hacia gran caso; pero llegó el dia en que el anciano dejó éste mundo de miserias quizas para ir á otro mejor, y al cabo de algun tiempo los pobres notaron la falta de su Providencia: entónces el hijo se volvió mas pensador, y allá en su imaginacion, cruzó la idea de si aquella Providencia incógnita seria su padre; y sea porque este le inspirase, ó ya por honrar su memoria, lo cierto es, que se obró en él un cambio notable: dejó su vida de calavera y se dedicó á ejercer la caridad que su padre habia practicado ántes y en la que se reflejaba una modestia sin límites.

¡Oh! Si todos practicásemos la caridad de este modo, nos acercaríamos un poco mas á la perfeccion; pero como quiera que la humanidad parece huir de ella á pasos agigantados, cada dia estamos mas léjos, sin comprender que la imperfeccion de nuestras obras, nos hace sumamente pequeños ante Dios, y ridículos ante ese mundo tan ficticio que nos adula por costumbre.

Por lo tanto, tenemos que progresar mucho; y para ello, necesitamos despojarnos del vicio y cubrirnos con el purísimo traje de la virtud, para que sirviéndonos de baluarte contra él aleje de nosotros las malas pasiones y nos haga humildes con los altivos, pródigos con los egoistas, resignados con los calumniadores, compasivos con los ignorantes, prudentes con los ficticios y cariñosos con los desgraciados.

Saturémonos bien de la verdadera ley de Dios, sí, sí; caridad moral para unos, material para otros y amor santo y puro para todos.

Barcelona y Junio 24 de 1879.

CÁNDIDA SANZ.

## ¡LA INGRATITUD!

Á UNA ALMA BUENA.

Tengamos *odio* al odio, esclama Victor Hugo  
*Guerra* á la guerra, dice el célebre orador;  
Que borren de la historia el nombre del verdugo,  
E imperen en el mundo las leyes del amor.

Nosotros exclamamos: la humanidad camina  
Bajo el terrible peso de amarga esclavitud;  
Porque una lepra horrible su cuerpo contamina.  
¡El virus ponzoñoso de torpe ingratitud!

Esa es la base eterna de todos los dolores,  
Ese, el desequilibrio del régimen social,  
El huracan que agosta las más hermosas flores,  
La sombra de los siglos representando el mal.

Para ella no hay afectos, olvida de la infancia  
Las dulces amistades, los sueños del placer;  
Le rinden homenaje la *usura* y la *ignorancia*,  
Y reina sobre todos con infernal poder.

Es el padron de infamia que más deshonra al  
(Y es el que le acredita en esta sociedad) [hombre  
En donde el ser ingrato adquiere gloria y nombre;  
Que siempre ha sido imbécil la pobre humanidad.

Pues si se considera, la ingratitud es la plaga  
Que más víctimas causa su estrago aterrador;  
Por ella la ternura de la virtud naufraga  
Negando el gran principio divino del amor.

En el lenguaje humano no hay frases persuasivas  
Bastante poderosas que puedan describir:  
Todo el horror que encierran las torpes tentativas:  
De aquellos que no saben que *ser bueno es vivir*.

Con arte maquiavélico se arrastran por el suelo;  
Actores consumados aprenden su papel;  
Hasta que han conseguido tender su raudo vuelo  
Y entonces ya fermenta la copa de su hiel.

Que ingrato y envidioso es una misma cosa,  
Pues para ser ingrato tenemos que envidiar;  
La ingratitud y la envidia es la fusion odiosa  
La coalicion funesta que nos impide amar.

Las dos son solidarias, las dos son complemento  
Del sórdido egoismo, su fiel demostracion;  
Las dos son emanadas de un mismo sentimiento;  
Bastardo, antagonista, mezquino en conclusion.

¿Hay nada más pequeño, más pobre que la envi-  
Qué mira recelosa la gloria y el placer?.... [dia  
Y emplea todo el talento que tiene la perfidia  
En allanar obstáculos, para llegar á ser.

Magnate poderoso, gigante de la tierra  
De barro deleznable, de frágil condicion;  
Que ser pobre y humilde es lo que más le aterra;  
Y vive sumergido en la degradacion.

Que el oro mal ganado es dicha negativa;  
Nos puede dar riquezas, mas no *felicidad*;  
Porque ésta es delicada como la sensitiva  
Y pliega su corola ante la vanidad.

Por esto nos inspiran las almas envidiosas  
Tan grade, tan inmensa, tan pura compasion;  
Hambrientas y sedientas y de gozar ansiosas:  
Se abrasan en el fuego de eterna tentacion.

No gozan ni un segundo las débiles criaturas  
Que sienten la vehemencia terrible de gozar;  
El goce es reservado para las almas puras  
No para los ingratos que no saben amar.

Tú, sufres alma buena la lucha de la vida,  
Le pides á este mundo destellos de virtud;  
Y tu confiado espíritu se asusta y se intimida.  
Al ver de un ser amigo la triste ingratitud.

¿Y sufres por tan poco? ¿Ignoras por ventura  
Que trás el beneficio la envidia se formó?  
¡Un bien agradecido!... ¡Quién sueña en tal locura!...  
¡Será en otro planeta! Pero en la tierra!... No.

Aquí se explota todo, el hombre por el hombre;  
Se vende al ser más débil, fatal esclavitud  
Impera, y francamente, me extraña que te asombre  
Que tu amistad la premien con tanta ingratitud.

Recuerda lo que un sábio dicen que dijo un dia;  
Que le dijeron: «Oye, Octavio, habla de tí;  
Y él dijo con asombro: «Extrañame á fé mía,  
Que pruebas de cariño jamás á Octavio dí.»

Tú dices: «Yo le amaba, le amaba desde niño,  
«Era mi consejero, era mi amigo fiel;»  
«No podré olvidar nunca su fraternal cariño:»  
«¿Si yo no le he olvidado, cómo se olvida él?»

Pues muy sencillamente, las almas degradadas  
¿Crees tú que absorven nunca la sávia del amor?  
De esencia repulsiva se encuentran impregnadas:  
Y sufren y no saben que causa su dolor.

Inspíranme esos séres un algo que no acierto  
A definir; más nunca te entregues al pesar;  
¿Qué se hace con un hombre que nos parece *muerto*?  
Sabido es ya de todos, lo vamos á enterrar.

Y aquel que cree que el alma se queda errante,  
[ruega;  
Pues esto es justamente lo que te cumple hacer,  
Rogar por ese espíritu que débil se doblega  
Buscando en este mundo efímero placer.

Tú crees que eres el mártir, y la melancolía  
Estiende en tu semblante su palido crespon;  
Y en un error te encuentras, aquel que se extravía  
Es víctima espiatoria de su menguada accion.

Olvida, que un ingrato, afecto no merece,  
Y no se le desprecia tan solo por piedad;  
Si sufre grandes pruebas, entonces se le ofrece:  
El puerto bonancible de plácida amistad.

Perdon para el agravio, y compasion profunda  
Para el que desconoce las leyes del amor:  
Más no ese sentimiento que el corazon iounda  
Con lágrimas ardientes residuos del dolor.

No tengas tan en poco las grandes afecciones,  
Eleva el pensamiento en pos de tu ideal;  
Y busca en otras almas las puras vibraciones:  
Que forman de los mundos la vida universal.

¡Elevate alma buena! no pierdas ni un segundo,  
La ingratitud no es digna de hacerte á tí sufrir,  
Olvida las miserias de este pequeño mundo;  
Y busca en el progreso la fé del porvenir.

VIOLETA.

---

## DESEOS Y PRESENTIMIENTOS. (1)

---

### II.

Conocemos á una señora que se rie del espiritismo, y le dice á una amiga suya espiritista.

—¿Por qué cree V. en eso? La gente dice que son locuras, y yo á veces no se que decir, porque si he de confesar la verdad, á mí me han sucedido cosas muy raras parecidas á esos fenómenos espiritistas en los que yo no creo, téngalo V. entendido; pero en fin, aunque yo no crea, suceden ciertas cosas inesplicables.

En una ocasion salí de mi residencia habitual, dejando á mi hijo mas pequeño en poder de su nodriza, y fuí á pasar algunos dias en el campo. Siempre me ha gustado estar largas horas en el templo orando fervorosamente. Una mañana me encaminé á la iglesia y rezando mis oraciones de costumbre oí una voz que me decia: «¡Tu hijo se muere de hambre!» Traté de no hacer caso creyendo que era una ilusion mia, pero volví á oír con toda claridad: «¡Tu hijo se muere de hambre!» Entónces me asusté; levanteme sobresaltada, y salí de la iglesia sin mirar hácia atrás, porque temia que me siguiera algun alma en pena de las muchas que debe haber en las bóvedas de las iglesias.

Llegué á mi casa preocupada, con un dolor de cabeza que no lo podia resistir; mas apenas estuve sola en mi cuarto gritaron de nuevo en mi oido: «¡Tu hijo se muere de hambre!» Este tercer aviso me alarmó sériamente, hasta tal punto, que subí inmediatamente al tren, y aun me parecia que este no caminaba con bastante rapidez, pues nada corre con tan vertiginosa velocidad como el pensamiento de una madre.

Llegué al término de mi viaje; salté del coche; no corrí. ... volé á casa de la nodriza, y encontré á mi hijo, cadavérico, muriéndose por momentos, porque la mujer que lo criaba estaba enferma y no tenia bastante alimento para mi pobre hijo, y por egoismo no queria decirme nada, para que no le quitara el niño, creyendo, en su ignorante maldad, que una criatura tan pequeña podria vivir sin la nutricion necesaria. Pero sus cálculos salieron fallidos, pues mi hijo moria de inanicion, y si yo hubiera acudido algunas horas mas tarde, solo hubiese encontrado un cadáver.

¿Quién me dijo lo que pasaba?

No lo sé; yo por mi parte no tenia la mas pequeña prevencion contra la nodriza; muy al contrario, la juzgaba una mujer buena, y hubiera reñido con cualquiera que hubiese puesto en duda su bondad.

(1) Véase el número 1.º

Cuando he visto lo que ocurría, aun me costaba trabajo el convencerme de la verdad, y solo pude cambiar de opinion ante la evidencia de los hechos.

Por lo mismo, cuando oigo hablar de la doctrina espiritista y de sus fenómenos, me acuerdo enseguida de este suceso, y no me atrevo á reirme, ni á burlarme mucho de esas locuras, porque al momento veo á mi pobrecito niño (que mas tarde murió), y me dá miedo, la verdad. Lo mejor es no ocuparse de nada y vivir, que la muerte ya vendrá.

¡Cuántas personas han sido llamadas, y cuán pocas han querido oír!

¡Roguemos por aquellos desgraciados, que tienen ojos, y no quieren ver!!

VIOLETA.

---

### ERRATA.

En la poesía del número anterior estrofa 11.<sup>a</sup>, línea 3.<sup>a</sup>, dice:

Fulgura en el oriente ¡oh! del cristianismo!

debe decir:

Fulgura en el oriente ¡oh! Sol del cristianismo!

---

### PENSAMIENTOS.

La mayor dicha que pudiéramos deber á la naturaleza, seria estar dotados de un corazon que supiera padecer y esperar. ¡Cuánto debiéramos envidiarle si pudiera existir!—*Roque Bárcia.*

El talento no es mas que un conjunto de ideas nuevas que carecen de la estension é importancia necesarias para merecer el nombre de génio.—*Helvatius.*

Las bibliotecas son el alimento del alma.—*Los Egipcios.*

La historia es el juicio de Dios.—*Esquirós.*

Los poetas sueñan la verdad, los reveladores la presienten, los sabios la demuestran, y los eruditos la describen.—*F. Garrido.*

Las inteligencias consagradas al mal, son mil veces peores que la ignorancia.—*Idem.*

Un génio es una fábrica; un erudito un almacén.—*Balmes.*

El torrente que se precipita de una montaña, destruye cuanto se le opone, lleva consigo la desolacion y la muerte; pero abridle un canal, debilitais su ímpetu y amengua la destruccion; dirigidlo á las praderas, y llevará la fecundidad y la vida.—*Sixto Cámara.*

Los delitos siguen siempre la razon de las necesidades, y mas crímenes engendra la indijencia que las pasiones.—*Olabarría.*

Una errónea que se arraiga en el corazon humano, es como una mancha de aceite: tarde ó dificilmente se borra.—*Condillac.*

Sin el pensamiento no se concibe la existencia: sin él no se concibe á Dios.—*E. Castelar.*

Es fácil detenerse uno cuando vá de subida, pero es difícil hacerlo cuando baja.—*Napoleon.*

Cuanto mas se aprende á conocer al hombre mas se aprende á estimar al perro.—*Toussenel.*

La imaginacion es el pulmon del alma.—*Hippel.*

La vida no es mas que un dolor permanente; el placer es un mero paliativo del dolor.—*Veri.*

Mi reino interminable es el pensamiento, y mi ministro alado, la palabra.—*Federico Schiller.*

El mal no está en que haya ricos; el mal está en que haya pobres.—*F. Alonso.*

Poca ciencia aleja de Dios, mucha conduce á él.—*Bacou.*

Jamás profirais estas palabras: no conozco esto, luego es falso; es necesario estudiar para saber, saber para comprender, comprender para juzgar.—*Nara (filósofo indio).*